

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): *Seguro que es un hombre santo de Dios.*

Salmo (88, 2-3.16-17.18-19): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 6, 3-4.8-11): *Si hemos muerto con Cristo, viviremos con Él.*

Evangelio (Mateo 10, 37-42): *El que pierda su vida por mí, la encontrará.*

La vida nos va enseñando, y a veces nos pega fuerte. Hay personas que, además, son muy cándidas e ingenuas, y ven cómo sus pequeñas ilusiones o sus expectativas se frustran. A veces se cierran porque pasan de una confianza ingenua a una cerrazón. Pasan de buscar sin maldad a los demás, a sus propuestas, a sus promesas, a ser reacios. Las pequeñas frustraciones no ayudan a que esas personas crezcan, porque se hacen desconfiados. ¿Alguien te hace una propuesta nueva? Desconfía. ¿Alguien te habla de algo sorprendente? Desconfía. Pero ¿así podemos vivir?

El evangelio nos propone un paso más. No basta con ser “receptivos”, sino que hay que “abrirse”. Esto es más costoso. En la primera lectura la mujer de Sunén prepara una estancia en su casa para Eliseo y le pide que se hospede en ella. “¿Es correr un riesgo innecesario?”. Ella no lo hace por un interés primario, pero Dios la bendice. En el evangelio Jesús alaba a los que reciben a personas desconocidas que vienen en nombre de Dios. “Un riesgo que no hay que correr, ¿y si nos engañan?” Jesús envía a sus discípulos y ellos van por pueblos y aldeas anunciando un mensaje que no es suyo, sino de Jesús: **«el Reino ha llegado, está entre vosotros»**. La actitud de los que escuchan es distinta (como pasa hoy en día). Podemos presuponer, aunque no lo diga de forma explícita el evangelio, que unos se mofan, otros piensan que son unos ingenuos, otros no hacen caso, y otros se paran, escuchan y se emocionan. Nosotros hoy estamos llamados a ser de esos discípulos que escuchan el mensaje de los enviados de Jesús y que vibran de emoción. Cuando el enviado de Jesús me habla, es Jesús mismo quien me habla diciendo: **«El que pierda su vida por mí, la encontrará»**.

Se trata de una cuestión vital en la que el ser humano se juega su destino y razón de ser. El evangelio nos hace una propuesta con garantía. Se puede perder la vida natural, la que es caduca y perecedera, si todo nuestro afán radica en conservarla; ya sabemos que es imposible alcanzar su objetivo, pues la vida natural es efímera y definitivamente la vamos a perder. La propuesta es aceptar la verdadera razón de esta vida, lo único capaz de darle un sentido trascendente y orientarla a la verdadera participación de la vida de Dios. En definitiva, es descubrir que nuestra vida no es solo la caduca y perecedera, sino la que Dios diseñó para nosotros al crearnos.

Conviene recordar que la vida era un regalo infinito que el Creador otorgaba al ser humano dotándole del don de la inmortalidad. La pérdida de ese don, atribuida por la palabra de Dios al pecado original, reduce la existencia humana a una vida caduca y perecedera, a menos que personal y libremente aceptemos de nuevo el regalo que el Hijo de Dios encarnado en la naturaleza humana le devuelve con la única condición de que lo acepte. Esto equivale a despojarse de la humanidad heredada del viejo Adán y revestirse de la nueva humanidad que Cristo ha introducido en la historia.

Este proceso no obedece a razones puramente naturales, sino que sobrepasa la condición natural y nos coloca de nuevo en el proyecto del Creador y por tanto nos hace capaces de alcanzarlo adhiriéndonos voluntaria y libremente a la humanidad redimida que Cristo nos ofrece. Hace falta conocer que esta adhesión, lo que llamamos fe, supone una confianza plena que mueva nuestro corazón a sabiendas que lo que se nos brinda está garantizado por la propia omnipotencia divina. Podemos afirmar que nadie, ningún ser humano, está privado de esta garantía divina, si bien el problema surge en conocer ese misterio insondable de la libertad humana que sin someternos ni esclavizarnos nos permite adherirnos libremente a la propuesta divina, que trasciende toda limitación humana.

Una dificultad enorme supone nuestra condición natural y la herencia recibida por naturaleza que sufre la esclavitud de la seducción, del engaño y de la mentira. Se repite con frecuencia en nuestra vida la misma tentación que sedujo y engañó al ser humano ofreciéndole como bueno no que no lo era. Querer lo que Dios quiere equivale a cumplir plenamente en nosotros la voluntad salvífica de Dios. Este cumplimiento no es contrario al ejercicio de nuestra libertad, sino más bien la garantía de que no nos alejamos del verdadero diseño de una humanidad creada a imagen y semejanza del Omnipotente.

En esta decisión nuestros primeros padres abusaron de esa libertad con la que el Creador les había adornado y resultaron víctimas de Satanás, quien por envidia y actitud contraria al designio divino les confundió y les alejó de la voluntad del Creador, quien haciéndose de nuevo presente ante ellos les hizo comprender el error que habían cometido. Se trataba de algo que les reducía su condición creacional a pura naturaleza despojada de aquellos dones con los que Dios les había regalado. Diríamos que perdieron la vida a imagen y semejanza de Dios, por tanto, inmortal y quedaron reducidos a simples mortales.

Frente a esa lamentable pérdida surge la bondad divina que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, es decir que recupere aquella humanidad diseñada por Dios y que su propio Hijo va a asumir para indicarnos de que forma podemos ganar de nuevo aquella vida a imagen y semejanza de Dios. Jesús de Nazaret será el prototipo de esa humanidad plena realización del diseño divino. Renunciar a nuestra vida caduca y perecedera para conseguir la vida eterna es **perder para ganar**.